

LECCIÓN 19.^a EL REINO EN LA HISTORIA

1. El «eón» actual

El Reino de Dios no significa el final de la Historia. Tampoco representa un abandono de las realidades presentes para ocuparse únicamente en las cosas últimas de la escatología. Ello equivaldría a una deserción de nuestro compromiso cristiano en el «aquí y ahora» en los que se inserta el acontecer del Reino.

En efecto, el Reino de Dios ha entrado en la historia y ha irrumpido en la creación. Dios es soberano en ambos aspectos: la creación y la historia. Tanto el espacio como el tiempo le pertenecen. Ya hemos señalado que la soberanía de Dios sobre la creación y sobre el devenir histórico constituye una de las manifestaciones del gobierno de Dios en el Universo, y en el Antiguo Testamento se equipara esto al Reino del Señor. Es una manera de ejercer su realeza. Pero la creación fue sujeta a vanidad, y la historia es el tiempo en que se realiza la rebelión y el pecado del hombre. El hecho de que Cristo haya establecido el Reino e intervenga constantemente con el fin de darle una mayor manifestación y efectividad, debe significar para la Iglesia el tomar conciencia de sus deberes respecto a las esferas de la creación y a la marcha general del mundo y de la historia.

2. La expansión del Reino en medio de los obstáculos

Las parábolas del sembrador y de la cizaña continúan siendo de vital importancia para el recto entendimiento del modo como el Reino de Dios ha irrumpido en el mundo.

Allí se nos advierte contra la tentación de querer arrancar la cizaña antes de tiempo para proteger al trigo. Solemne aviso contra toda clase de sectarismos y de falsos perfeccionismos angelicales. Es, además, una advertencia para cuantos construyen una teología o un sistema de vida cristiana que no toma en cuenta suficientemente la realidad del Reino. Dice Ridderbos: «Habiendo entrado el Reino de Dios en el mundo, hemos de confesar que este mundo se había llenado del poder redentor de Dios.» ¿Cómo y en qué sentido? Por una serie de factores nuevos que precisamente el Reino (o mejor dicho, el Rey) ha introducido entre nosotros: la continua acción del Espíritu Santo, la presencia de la Iglesia, el dinamismo de la Providencia, etc. La cruz de Cristo fue plantada en esta tierra nuestra, no en alguna otra parte; y Cristo fue levantado aquí y resucitó de una tumba terrena.

El poder del Reino se ha manifestado de modo efectivo en nuestra historia, y es este poder real y efectivo lo que constituye la temática de las parábolas del grano de mostaza y de la levadura. La primera tiene que ver con el poder expansivo del Reino; el grano es muy pequeño al principio, pero luego crece y se hace árbol grande.²⁶ Da cobijo a los pájaros y las gentes buscan su sombra. El Reino no se mantiene alejado del mundo, sino que lo busca para redimirlo o, al menos, iluminarlo. Busca a todas las gentes hasta lo último de la tierra. Sin embargo, el Reino es también como la levadura, que penetra el todo y trata de condicionar el conjunto. Esto tiene que ver con su intensidad: penetra todos los campos de la vida, se introduce en todas las estructuras." Ahora bien, la historia de esta penetración tiene sus momentos altos y sus momentos bajos, y también puede comprobarse cómo en unas culturas ha penetrado más, y en otras apenas si ha llegado a dejar sentir su anuncio verbal. En unas esferas ha producido más impacto que en otras y, como siempre ocurre cuando se proclama el Evangelio, unos le han dado mayor acogida que otros. Esto vale en el plano individual y en el colectivo, en la vida de los individuos y en la de los pueblos.

No es éste el lugar para hacer historia y aportar ejemplos de lo que ha hecho el Reino al dejar sentir su influencia. Digamos solamente que la ciencia moderna —y su escuela: la tecnología— sería inconcebible sin la irrupción de la comunidad cristiana en el mundo, portadora del mensaje y de la presencia del Reino. Digamos asimismo que conceptos como democracia y libertad fueron transformados desde su pobre origen griego hasta pasar al que en la actualidad les concedemos. Derechos del hombre, justicia social, emancipación de la mujer, etc., significan algo de lo mucho que el Reino ha venido haciendo posible durante los últimos veinte siglos en el plano secular. Como lo expresa J. H. Yoder: «Eso es lo nuevo: la presencia misma de esta comunidad (cristiana), que tiene las características que señalé antes, una manera nueva de actuar con el dinero, el poder, las distinciones sociales. ¡La misma presencia de esta comunidad es el cambio! Una civilización que tiene en su seno una comunidad así, es una sociedad cambiada, aunque no lo sienta o no se dé cuenta de ello. Es la presencia de una

alternativa. Aun en los contextos de otras ideologías se reconoce que el elemento más básico en el cambio social es la presencia de una nueva conciencia, la capacidad de pensar una nueva alternativa. La presencia del pueblo de Jesús dentro de la sociedad palestinese, y en seguida dentro del Imperio Romano, es en sí misma una nueva situación social, y es la contestación más profunda a largo plazo y más eficaz a la preocupación por el cambio social rápido, básico; cambio con caracterización social.»²⁸

De ahí que el «escatologismo», es decir, la escatología convertida en un «ismo» obsesivo, sea tan antibíblico como el concepto inmanente del Reino, que lo convierte en una mera realidad presente, tomando prestadas las categorías de la filosofía de la inmanencia. Dicho «escatologismo» no aprecia el poder de la resurrección «aquí y ahora», ni tiene en cuenta la acción del Señor a la diestra del Padre por medio de su Palabra y de su Espíritu. Olvida el hecho de que el campo donde hay que echar la simiente es el mundo. Por esta razón, Cristo es la única esperanza del mundo; concretamente, de este mundo.

3. La tensión de la esperanza

Ahora bien, esta presencia del Reino en medio de nosotros ahora, se halla asimismo condicionada por el futuro. Más aún, la presencia del Reino se hace sentir con intensidad y eficacia sólo en la misma medida en que es impulsada y gobernada por la esperanza futura. Aquí es donde la fe cristiana (la teología bíblica también) tiene que librar una batalla a vida o muerte en contra de la secularización, en contra de la «humanización», en sentido de banalización, del Reino de Dios. Tanto la secularización radical, puesta de moda por recientes escuelas seudoteológicas,²⁹ como el pretendido humanismo liberal, son antibíblicos y anticristianos, ya que consideran a la creación y a la naturaleza como entidades independientes y, por tanto, autosuficientes frente a Dios y su Reino. Sartre llega a decir que «si Dios existiera, habría que matarlo igualmente» en aras de la libertad del hombre. Hamilton, Altizer y otros «teólogos radicales» escriben en el mismo sentido.³⁰ Según esta concepción, la ley de la naturaleza, el orden del mundo y del universo son algo cerrado e inamovible, del que el hombre mismo forma parte y está sujeto a él en su existir natural, siendo todo ello independiente de Dios y estando fuera totalmente de su control. Con esta concepción del Reino la resurrección es una mera idea simbólica: la manera mitológica de expresar una realidad, no concreta ni encarnada, sino abstracta y espiritual. En estas escuelas de pensamiento el futuro del Reino de Cristo se ha volatilizado; en dichas esferas Cristo ya no es por más tiempo la esperanza del mundo futuro y el modelador del «nuevo hombre»: ya no es Aquel que renovará la creación y hará suscitarse de la muerte la vida.

Esta secularización del concepto del Reino ha sido llevada a cabo por la teología liberal americana y por la interpretación existencialista del Evangelio a la manera de R. Bultrmann. El punto de vista teocéntrico ha desaparecido en ambas escuelas. Lo único que queda de la trascendencia de Dios es lo suficiente para que el hombre pueda seguir siendo humano. El Reino es, pues, simplemente un sinónimo más para denominar la «libertad» que hace del hombre un agente libre como ser espiritual. Esta libertad, entiéndase bien, habrá de venir del «otro lado», de Dios, por medio de la instrumentalidad del mismo ser humano al confrontarse con la Palabra de Dios. Esto es la trascendencia; una trascendencia limitada a lo meramente humano, a lo que hace del hombre algo realmente humano y nada más, pues es una trascendencia interpretada a la manera de la filosofía existencialista. Dios es Dios sólo en la medida en que es necesario para que el hombre se realice como tal. Es decir, Dios se ha convertido en un instrumento del hombre; Dios existe sub specie hominis. Siendo esto así, el hombre puede, cuando lo crea conveniente, decretar la muerte de Dios. Tal es el Dios del existencialismo. Y tal es la humanización del concepto bíblico del Reino de Dios.

4. Concepto evangélico del Reino de Dios

En contraste con el concepto existencialista tenemos el concepto impresionante, grandioso, que los Evangelios nos ofrecen del Reino de Dios. Dios es el Señor de toda la creación. Su Reino viene en, y por medio de, Jesucristo. Como Señor y Soberano, Cristo no se halla indefenso, ni impotente, dentro de este circuito cerrado en que los secularistas y los humanistas existencialistas pretenden haber explicado el mundo. ¿Queremos una prueba del poder de Dios en el universo? Ahí está el hecho inconcluso: Cristo resucita de entre los muertos y es hecho primicias de los hombres salvados. Ahí radica la explicación de que Cristo sea la esperanza, la

única esperanza, del mundo. El Reino que inauguró Jesús de Nazaret es el mismo Reino que ha de venir y que viene ya. Aquel hecho salvífico «central» no fue más que el anuncio, la primera proclamación de lo que en el definitivo «Día del Señor» hallará perfecto y cabal cumplimiento.

La Iglesia vive, insistimos, en el «Ínterin»; entre las dos grandes épocas de la manifestación de su Salvador y Señor. La resurrección de Jesús arroja luz tanto al pasado como al futuro: es la prueba de lo que ha ocurrido ya, y la garantía de lo que acontecerá en el futuro. Aquí tenemos el sentido profundo de la alternancia que encontramos, en los Evangelios y en el resto del Nuevo Testamento, entre los tiempos «presente» y «futuro».

Notas:

26. A. Kuhn, F. Lacueva y otros opinan que dicha parábola comporta un fenómeno de «gigantismo» anormal, notorio en las iglesias de multitudes inconversas. En este caso. las «aves del cielo» son «pájaros de cuenta.»

G. Vos, H. Ridderbos. J. Stott. G. E. Laad, W. Hendriksen y G. Gander. entre otros, sostienen la interpretación aquí expuesta. En cualquier caso. hay que tener en cuenta el contexto inmediato del pasaje (¿qué entendieron los discípulos?, ¿qué quiso decirles Jesús?) y el más amplio de la doctrina del Reino en sus líneas principales (especialmente el «ya y todavía no» del Reino).

Tanto la parábola de la semilla de mostaza como la de la levadura. presentan el contraste entre un pequeño comienzo y un gran resultado final; y ello no en virtud de un triunfo espectacular, externo y violento, sino operando desde dentro como una corriente subterránea. Es como si Jesús nos dijera: «Vosotros sois la levadura del mundo.» Ambas parábolas se refieren a una misma causa mínima que producirá importantes y grandes efectos.

«La levadura, en el lenguaje de Jesús, es sinónimo de doctrina, de mensaje, de vivencia espiritual; buena o mala- Su maldad o su bondad dependerá si se trata de la "levadura" (doctrina) de los fariseos (Mat. 16:6) o de la del Reino. En un sentido. Jesús mismo puede considerarse como la Levadura de toda la masa del mundo —puesto que el Reino viene con el Rey—; "la imagen de la levadura —ha escrito J. Schniewind— pudo resultar chocante a los oyentes acostumbrados al lenguaje de la Pascua, en la cual la levadura es la imagen de algo desagradable y pecaminoso (cf. Mar. 8:15). La imagen no busca sino sorprender a los oyentes. Hay que pensar que la levadura fermenta; y el mensaje del Reino es un fermento por la acción del Evangelio". P. Bonnard insiste en que la noción de levadura en este texto no es peyorativa, sino, al contrario, laudatoria, puesto que se aplica al Maestro y a su Reino y, por extensión, a sus discípulos. Y es que la Pascua, la liturgia y el ritual judíos son una cosa, pero la vida de todos días es otra cosa muy distinta. Ahora bien. la acción del Evangelio no se producirá mediante el ritualismo, a la manera judía, sino en la vida cotidiana, como algo vivo y sabroso para los hombres, algo que penetrará y transformará la existencia de cada día. Restituye a la noción de levadura su pleno valor para la vida, en contraste con la levadura ¿e los fariseos, y reivindica así la acción del Reino en e] mundo. Tal es, en nuestra opinión, la levadura del Reino, ¡bien distinta de la de los fariseos!» (Georges Gander, L'Évangile de l'Égise, Etudes Évangéliques Labor et Fides, Aix-en-Provence y Génève, 1967, pp. 145-147,) Véase la nota siguiente, n.º 27.

27. Hay también algunos expositores que entienden la parábola de la levadura en sentido peyorativo, como elemento corruptor (véase F. Lacueva, La Iglesia, Cuerpo de Cristo, CLIE, Tarrasa, 1974, pp. 70-71. y Ética cristiana, CLIE, Tarrasa, 1975. pp. 218-219).

Véase lo que ya se ha dicho en la nota n.º 26.

George Eldon Ladd escribe: «El pan sin levadura fue preparado en tiempo de Éxodo, no porque la levadura significara algo malo, sino más bien como símbolo de prisa, de apresuramiento (Ex. 12:11. 39; Deut. 16:3; cf. Gen. 18:6; 19:3); por otra parte, los panes con levadura eran ofrecidos en la Fiesta de las Semanas (Lev. 23:17) como "primicias para Yahveh" y como símbolos del sustento ordinario del común de las gentes» (G. E. Ladd. A Theology of the New Testament, Grand Rapids, 1974. pp. 98-99). En nota al pie de página, G. E. Ladd aporta varios testimonios para probar que ni siquiera entre los rabinos la levadura significaba siempre algo pecaminoso; su sentido peyorativo o positivo dependía de varios factores, pero no iba implícito en el mismo significado de la palabra, aunque a nivel popular, y debido a la Pascua, pudiera tener más bien la connotación negativa.

Creo que tanto el contexto inmediato del pasaje como toda la enseñanza del Reino en el Nuevo Testamento apoyan la interpretación que ve en las dos parábolas (el grano de mostaza y la levadura) la intención de asegurar a los discípulos que aunque ahora el Reino sólo encuentra oposición, y éxitos parciales, o intermitentes, sin embargo obtendrá también victorias esporádicas y, finalmente, triunfará abarcándolo todo dentro de su esfera en la segunda venida. Al principio el Reino será insignificante y solamente un puñado de discípulos serán sus subditos fieles, hombres vulgares sin influencias mundanas; pero esto no debe desanimar a los seguidores del Rey, porque al final, en la consumación de los planes de Dios, el Reino será un gran árbol, o la levadura que leuda toda la masa. La forma futura del Reino no tiene que medirse por su insignificancia inicial. El énfasis más bien radica en su presencia discreta, prudente e inesperada. La levadura que cabe en tres medidas de harina es casi imperceptible, pero finalmente se verán los resultados de su acción cuando todo, y todos, quedarán afectados por el Reino.

Como escriben A. Edersheim y H. Ridderbos, la parábola del grano de mostaza trata de explicar la acción extensiva del Reino y la de la levadura intensiva.

28. En «Revolución y ética evangélica», artículo publicado en la revista *Certeza*, n.º 44, 1971, pp. 104 y ss.

29. Existe una comprensión de lo secular que es cristiana y se apoya en la Biblia, en los órdenes de la creación de Dios.

30. Véanse J. M. Martínez y J. Grau. *Iglesia, sociedad y ética cristiana*, 2.ª Parte